IV Trimestre de 2008
La expiación y la cruz de Cristo

Notas de Elena G. de White

Lección 8
22 de Noviembre de 2008

Nacido de mujer: La expiación y la encarnación

Sábado 15 de noviembre

La doctrina de la encarnación de Cristo en carne humana es un misterio, "el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades" (Colosenses 1:26). Es el grande y profundo misterio de la piedad. "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros" (Juan 1:14). Cristo tomó sobre sí la naturaleza humana, una naturaleza inferior a su naturaleza celestial. No hay nada que demuestre tanto como esto la maravillosa condescendencia de Dios. "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito" (S. Juan 3:16). Juan presenta este admirable tema con tal sencillez que todos pueden captar las ideas expuestas y ser iluminados.

Cristo no tomó la naturaleza humana en forma aparente. La tomó de verdad. En realidad, poseyó la naturaleza humana. "Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo" (Hebreos 2:14). Era el hijo de María; era de la simiente de David de acuerdo con la ascendencia humana. Se declara de él que era hombre, el hombre Cristo Jesús. Escribe Pablo: "de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste [Cristo], cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo" (Hebreos 3:3).

Sin embargo, al paso que la Palabra de Dios habla de la humanidad de Cristo cuando estuvo en esta tierra, también habla decididamente de su preexistencia. El Verbo existía como un ser divino, como el eterno Hijo de Dios, en unión y unidad con su Padre. Desde la eternidad era el Mediador del pacto, Aquel en quien todas las naciones de la tierra, tanto judíos como gentiles, habían de ser benditas si lo aceptaban. "El Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios" (S. Juan 1:1). Antes de que fueran creados los hombres o los ángeles, el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios (***Mensajes selectos*, tomo 1, pp. 289, 290**).

Domingo 16 de noviembre
El misterio de la encarnación

Jesús era el Comandante del cielo, igual a Dios, y sin embargo condescendió en desprenderse de su corona real, su manto real, y cubrió su divinidad con humanidad. La encarnación de Cristo en carne humana es un misterio. Podría haber venido a la tierra con una apariencia notable, distinta de la de los hijos de los hombres. Su rostro podría

haber brillado de gloria y su aspecto haber sido de una gracia extraordinaria. Podría haber presentado un aspecto encantador para el que lo contemplara, pero eso no correspondía con el plan trazado en las cortes de Dios. Debía llevar las características de la familia humana y de la raza judía. El Hijo de Dios debía tener en todo sentido las mismas facciones de los otros seres humanos. No debía tener una belleza que lo destacara entre los hombres. No debía exhibir encantos admirables con los cuales atraer la atención. Vino como representante de la familia humana ante el cielo y la tierra. Debía permanecer como sustituto y garantía del hombre. Debía vivir la vida de la humanidad de tal manera, que refutara la afirmación que había hecho Satanás de que la raza humana le pertenecía para siempre y que Dios mismo no podía arrebatar al hombre de las manos de su adversario (***Comentario bíblico adventista*, tomo 5, p. 1105**).

Al contemplar la encarnación de Cristo en la humanidad, quedamos atónitos frente a un misterio insondable que la mente humana no puede comprender. Mientras más reflexionamos acerca de él, más extraordinario nos parece. ¡Cuán vasto es el contraste entre la divinidad de Cristo y el impotente bebecito del pesebre de Belén! ¿Cómo se puede medir la diferencia que hay entre el Dios todopoderoso y un niño impotente? Sin embargo el Creador de los mundos, Aquél en quien moraba la plenitud de la Deidad corporalmente, se manifestó en el desvalido bebé del pesebre. ¡Incomparablemente más elevado que todos los ángeles, igual al Padre en dignidad y gloria, y sin embargo vestido con la ropa de la humanidad! La divinidad y la humanidad se hallaban combinadas misteriosamente, y el hombre y Dios fueron uno solo. En esta unión es donde encontramos la esperanza de la raza caída (***Exaltad a Jesús*, p. 69**).

Cristo proporcionó a hombre y mujeres el poder para vencer. Vino a este mundo en forma humana para vivir como hombre entre los hombres. Tomó las debilidades de la naturaleza humana para ser probado y tentado. En su humanidad era participante de la naturaleza divina; por su encarnación ganó en un nuevo sentido el título de Hijo de Dios. El ángel dijo a María: "El poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios". Si bien era el hijo de un ser humano, en un nuevo sentido se convirtió en el Hijo de Dios. Así estuvo en nuestro mundo: Hijo de Dios, y sin embargo aliado, por nacimiento, con la raza humana...

Cristo estuvo unido con el Padre desde toda la eternidad, y cuando tomó sobre sí la naturaleza humana, todavía era uno con Dios. Es el vínculo que une a Dios con la humanidad [se cita Hebreos 2:14] (***Comentario bíblico adventista*, tomo 5, p. 1089**).

Lunes 17 de noviembre
Dios y la humanidad se reúnen

¡Qué contrate el del segundo Adán cuando fue el sombrío desierto para hacer frente sin ninguna ayuda a Satanás! Desde la caída, la raza humana había estado disminuyendo en tamaño y en fortaleza física, y hundiéndose más profundamente en la escala de la dignidad moral, hasta el período del advenimiento de Cristo a la tierra. Y a fin de elevar al hombre caído, Cristo debía alcanzarlo donde estaba. Él tomó la naturaleza humana y llevó las debilidades y la degeneración del hombre. El que no conoció pecado, llegó a ser pecado por nosotros. Se humilló a sí mismo hasta las profundidades más hondas del infortunio humano a fin de poder estar calificado para llegar hasta el hombre y ele-

varlo de la degradación en que el pecado lo había sumergido (***Mensajes selectos*****, tomo 1, pp. 314, 315**).

¡Cuán agradecidos debiéramos estar que Cristo tomó sobre sí la naturaleza humana y soportó la tentación como nosotros! Sin embargo, aunque tomó la humanidad, era divino; todos los atributos del Padre, también los tenía Cristo. Era el Creador de los cielos y la tierra, pero mientras estuvo en este mundo necesitó descansar como los demás seres humanos y buscar alivio en medio de la presión de sus actividades. El que creó el océano; que controla las aguas del abismo; que abrió los manantiales y los canales de la tierra, descansó de sus fatigas junto al pozo de Jacob y pidió de beber a una extraña mujer samaritana. Y cuando ésta le preguntó cómo él, siendo judío, pedía de beber a una samaritana, le respondió con palabras que revelaban su divino carácter. "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva. Más el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna" (***Review and Herald*****, 19 de mayo, 1896**).

Cuando el pecado de Adán hundió a la raza en la miseria y la desesperación, Dios podría haberse separado de los caídos pecadores. Podría haber enviado a sus ángeles para que derramaran sobre nuestro mundo las copas de su ira. Podría haber hecho desaparecer esta oscura mancha del universo. Pero no lo hizo. En lugar de echarlos de su presencia, se acercó más a la raza caída. Dios a su Hijo para que llegara a ser hueso de nuestro hueso y carne de nuestra carne. "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad" (S. Juan 1:14). Cristo, mediante su relación con los seres humanos, puso al hombre más cerca de Dios todavía. Revistió su naturaleza divina con el manto de la humanidad, y demostró ante el universo celestial, ante los mundos no caídos, cuánto ama Dios a los hijos de los hombres. El don de Dios en favor del hombre excede a todo cálculo. Nada se escatimó. Dios no podía permitir que se dijera que podía haber hecho algo más, que podía revelara a la humanidad un amor mayor. En el don de Cristo, dio todo el cielo (***La maravillosa gracia de Dios*****, p. 53**).

Martes 18 de noviembre
El bautismo de Jesús

Las circunstancias que rodearon esa escena bautismal fueron del máximo interés para Satanás. Entonces se dio cuenta con seguridad que, a menos que pudiera vencer a Cristo, de allí en adelante habría un límite para su poder. Comprendió que ese mensaje del trono de Dios significaba que el hombre podía llegar más directamente al cielo que antes, y en su pecho se despertó un odio intensísimo (**Comentario bíblico adventista, tomo 5, p. 1054**).

Las palabras dichas a Jesús a orillas del Jordán... abarcan a toda la humanidad. Dios habló a Jesús como nuestro representante. No obstante todos nuestros pecados y debilidades, no somos desechados como inútiles... La gloria que descansó sobre Jesús es una prenda del amor de Dios hacia nosotros. Nos habla del poder de la oración, de cómo la voz humana puede llegar al oído de Dios, y ser aceptadas nuestras peticiones en los atrios celestiales. Por el pecado la tierra quedó separada del cielo y enajenada

de su comunión; pero Jesús la ha relacionado otra vez con la esfera de gloria. Su amor rodeó al hombre, y alcanzó el cielo más elevado. La luz que cayó por los portales abiertos sobre la cabeza de nuestro Salvador, caerá sobre nosotros mientras oremos para pedir ayuda con que resistir la tentación. La voz que habló a Jesús dice a toda alma creyente: "Este es mi hijo amado, en el cual tengo contentamiento" (**La maravillosa gracia de Dios, p. 83**).

Cristo no estuvo en una situación tan favorable para resistir las tentaciones de Satanás en el desolado desierto, como lo estuvo Adán cuando fue tentado en el Edén. El Hijo de Dios se humilló y tomó la naturaleza del hombre después de que la raza y de su estado original de pureza y rectitud. Durante siglos, el pecado había estado dejando sus terribles marcas sobre la raza humana, y la degeneración física, mental y moral prevalecía en toda la familia humana.

Cuando Adán fue atacado por el tentador en el Edén, estaba sin mancha de pecado. Estaba en toda la fortaleza de su perfección delante de Dios. Todos los órganos y facultades de su ser estaban igualmente desarrollados y armoniosamente equilibrados.

En el desierto de la tentación, Cristo estuvo en el lugar de Adán para soportar la prueba que éste no había podido resistir. Aquí venció Cristo en lugar del pecador, cuatro mil años después de que Adán dio la espalda a la luz de su hogar. Separada de la presencia de Dios, la familia humana se había apartado cada vez más, en cada generación sucesiva, de la pureza, la sabiduría y los conocimientos originales que Adán poseyera en el Edén. Cristo llevó los pecados y las debilidades de la raza humana tal como existían cuando vino a la tierra para ayudar al hombre. Con las debilidades del hombre caído sobre él, en favor de la raza humana había de soportar las tentaciones de Satanás en todos los puntos en los que pudiera ser atacado el hombre.

Adán estuvo rodeado con todo lo que podía desear su corazón. Estaba atendida cada necesidad suya. No había pecado ni había señales de decadencia en el glorioso Edén. Los ángeles de Dios conversaban libre y amablemente con la santa pareja. Las felices aves canoras gorjeaban sus inocentes y gozosos cantos de alabanza a su Creador. Los pacíficos cuadrúpedos, en su feliz inocencia, jugaban en torno de Adán y Eva, obedientes a la palabra de ellos. Adán se hallaba en la perfección de su virilidad, y era la más noble obra del Creador. Estaba creado a la imagen de Dios, pero un poco menor que los ángeles.

¡Qué contraste el del segundo Adán cuando fue al sombrío desierto para hacer frente sin ninguna ayuda a Satanás! Desde la caída, la raza humana había estado disminuyendo en tamaño y en fortaleza física, y hundiéndose más profundamente en la escala de la dignidad moral, hasta el período del advenimiento de Cristo a la tierra. Y a fin de elevar al hombre caído, Cristo debía alcanzarlo donde estaba. Él tomó la naturaleza humana y llevó las debilidades y la degeneración del hombre. El que no conoció pecado, llegó a ser pecado por nosotros. Se humilló a sí mismo hasta las profundidades más hondas del infortunio humano a fin de poder estar calificado para llegar hasta el hombre y elevarlo de la degradación en que el pecado lo había sumergido.

"Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionarse por

aflicciones al autor de la salvación de ellos" (Hebreos 2:10) (***Mensajes selectos*, tomo 1, pp. 313-315**).

Miércoles 19 de noviembre
Las tentaciones de Jesús

Después de su bautismo, el Hijo de Dios fue al desolado desierto donde sería tentado por el diablo. Por cerca de seis semanas soportó las agonías del hambre. Por cuarenta días no comió ni bebió, haciendo su sufrimiento mayor que el que cualquier otra persona hubiera sido llamada a soportar. Conoció el poder del apetito sobre el hombre, y en beneficio del hombre pecaminoso soportó la prueba más dura posible en este punto. Allí se ganó una victoria que pocos pueden apreciar. El poder dominador del apetito depravado y el ignominioso pecado de complacerlo sólo pueden entenderse por la longitud del ayuno que nuestro Salvador soportó para quebrantar su poder.

En el asunto del apetito, Satanás había ganado la victoria en casi todas las oportunidades. El Hijo de Dios vio que el hombre no podía por sí mismo vencer esta poderosa tentación. Tanto amó Jesús a la raza humana que dejó las cortes celestiales y vistió su divinidad con humanidad, a fin de alcanzar con su largo brazo humano la más profunda miseria de la humanidad, mientras que con su brazo divino pudiera seguir tomado del Infinito. Vino a la tierra para unir su poder divino con nuestros esfuerzos humanos, para que mediante la fuerza y el poder moral que él imparte podamos vencer por nosotros mismos. ¡Oh! qué incomparable humillación para el Rey de gloria venir a este mundo para soportar los dolores del hambre y las fieras tentaciones de un artero enemigo para poder ganar una victoria infinita para el hombre. Aquí está el amor sin paralelo. Sin embargo esta gran humillación es apenas comprendida por aquellos para quienes fue hecha.

No fueron sólo los terribles dolores del hambre lo que hicieron los sufrimientos de nuestro Redentor tan indeciblemente severos. Fue el sentido de culpa que había resultado de la indulgencia del apetito, que había traído un mal tan terrible al mundo, lo que hacía una presión tan pesada sobre su alma divina...

Con la naturaleza del hombre y con la terrible carga de los pecados pesando sobre él, nuestro Redentor hizo frente al poder de Satanás en esta gran tentación inicial que pone en peligro las almas de los hombres. Si el hombre podía vencer esta tentación, podía triunfar en cualquier otro punto.

La intemperancia está en la base de todos los males morales conocidos del hombre. Cristo comenzó la obra de redención en el mismo lugar donde había comenzado la ruina. La caída de nuestros primeros padres se debió a la complacencia del apetito. En la redención, la negación del apetito fue la primera obra de Cristo. ¡Qué amor manifestó Cristo al venir al mundo y soportar nuestros pecados y debilidades y andar por la senda del sufrimiento para mostrarnos, por su vida sin pecado, cómo debemos caminar para vencer como él venció a fin de reconciliarnos con Dios! (***Signs of the Times*, 7 de agosto, 1879; parcialmente en, *Dios nos cuida*, p. 177**).

Jueves 20 de noviembre
El ministerio de curación

En sus milagros, el Salvador manifestaba el poder que actúa siempre en favor del hombre, para sostenerle y sanarle. Por medio de los agentes naturales, Dios obra día tras día, hora tras hora y en todo momento, para conservarnos la vida, fortalecernos y restaurarnos. Cuando alguna parte del cuerpo sufre perjuicio, empieza el proceso de curación; los agentes naturales actúan para restablecer la salud. Pero lo que obra por medio de estos agentes es el poder de Dios. Todo poder capaz de dar vida procede de él. Cuando alguien se repone de una enfermedad, es Dios quien lo sana.

La enfermedad, el padecimiento y la muerte son obra de un poder enemigo. Satanás es el que destruye; Dios es que restaura (El ministerio de curación, pp. 75, 76).

Los milagros que Cristo realizaba eran una manifestación del poder divino para dar testimonio de la autoridad que estaba detrás de su misión y de su obra. Estaban destinados a eliminar el prejuicio e inspirar fe. Pero muchos se refugiaron detrás de muros infranqueables y resolvieron no ceder a las apelaciones para que creyesen y se arrepintieran. Cuando Cristo y los apóstoles presentaban argumentos convincentes en favor de la verdad, los judíos no los aceptaban porque cerraban sus oídos para no escucharlos. Pedían señales y milagros, no para obtener una visión más clara de la verdad, sino para desviar la mente de los oyentes de las evidencias presentadas. El Salvador había realizado muchos milagros ante ellos, pero ya no los convencían. Y si los oyentes se sentían atraídos hacia Cristo, trataban de disuadirlos diciéndoles que él realizaba los milagros por el poder del Belcebú, príncipe de los demonios (***Ellen G. White 1888 Materials*****, p. 840**).